



BARCELONA, 20 JUNIO 1909
Ayuntamiento de Madrid

25 CÉNTS.



LA SEMANA

El fallecimiento del único gran poeta que quedaba en toda la extensión del orbe donde se habla la lengua castellana ha causado profundo sentimiento no solo á los admiradores del autor de *El Vértigo* sino á cuantos estiman en lo que vale el talento. ¡Descansen en paz el ilustre vallisoletano!

Sería preciso remontarnos á las primeras centurias de las edades bárbaras para dar con un hecho semejante al que ha ocurrido en Belgrado. Imposible parece que en pleno siglo *xx* y en el seno de la culta Europa hayan podido realizarse tan horribles crímenes, imposibles de abonar por ningún concepto. Aparte de esto, es singular la pasividad con que las Cortes europeas se han quedado mirando lo ocurrido. Lo único que han dicho hasta ahora es que no quieren meterse para nada en lo que hagan ó dejen de hacer los servios, como si en vez de un regicidio y de tantos asesinatos se tratara de una riña entre chulapos. Decididamente todo el mundo se vuelve sordo y ciego en estos tiempos.

Continúa el Gobierno leyendo proyectos y más proyectos de ley, destinados todos ellos á apolillarse en los repletos archivos del Congreso y el Senado. ¡Cuánto papel malgastado, y cuanto espacio, que podría haberse aprovechado mejor, en las columnas de los periódicos, para insertar toda esa prosa ministerial!

Y que no se andan por las ramas nuestros ministros; el uno quiere crear cajas de retiro para los obreros; el otro acabar con la mendicidad; este arregla la instrucción pública; el otro sale con una escuadra de 700 millones. Y este, á buen seguro, será el único proyecto que prospere, así como la creación de no sé que Instituto ó Dirección del Trabajo, que costará 30,000 duros, si bien hay que advertir que serán anuales, y no por una sola vez.

Eso es lo que conviene: tener escuadras; lo demás son pamplinas. Por el pronto, ya tenemos lo principal que es el almirante con los correspondientes vice-almirantes y contra-almirantes. Siempre ha sido costumbre española poner la horca antes que el lugar.

Ha sido convertido en *gate real* el aviso *Giralda*, haciéndose lenguas los periódicos de lo bien que ha quedado.

El gobierno hace bien en preocuparse de esas grandes escuadras que hemos de tener, y de esas admirables transformaciones que han de experimentar nuestros ayuntamientos y nuestras cárceles y nuestras escuelas, y por lo tanto ¿á qué *parar mientes* en pequeñeces como la cuestión de los duros se villanos y de las epidemias que se desarrollan por la mala alimentación y de la mortandad terrible que hace llegar al 40 por mil el número de defunciones en no pocas provincias? Eso son *minucias* indignas de llamar la atención de esos incomparables hombres de Estado que están al frente del gobierno.

Continúan funcionando los tribunales de exámenes en las Universidades, y es de ver la *siega* que allí se hace de *alumnos libres*. Hacen más esos tribunales en favor de la *enseñanza oficial* que todos los decretos que pueda expedir el ministro del ramo, pues no es de creer que les queden ganas á los *libres* repetir la suerte. Parece que la consigna de los tribunales sea, como la de marras: *ó someterse ó dimitir*. Y así va todo en este bienaventurado país.

Es objeto de generales elogios la ardorosísima campaña que está haciendo en el Congreso la minoría republicana. Se comprende que á los conservadores y fusionistas no les llegue la camisa al cuerpo ¡Aquello es una *falange macedónica*! Ahora dicen, sin embargo, que ya se verá lo que va á suceder cuando se discuta el Mensaje. Allí veremos.

Lo que ocurre en Valencia con los blasquistas y sorianistas pasa ya de castaño oscuro, y constituye una página tristísima para el buen nombre de aquella cultísima capital. Es necesario de todo punto que acaben tan bochornosas escenas, viniendo obligado á ello, más que nadie el Sr. Salmerón.

Pronto vamos á tener en Barcelona unas *fiestas* organizadas por una titulada Sociedad de festivales ó cosa así. Tememos no resulte todo ello un fracaso, pues la verdad es que para fiestas estamos. Estas cosas deben salir espontáneamente, siendo inútil que el preboste mande alegrarnos á las doce en punto.

ARGOS



PREDICCIONES DE GITANA

A las puertas del Café de España de Málaga, hablaban una tarde varios aficionados al arte dramático y algunos actores, entre los cuales figuraba Lázaro Ruiz, Director de compañía de género chico, cómico muy malo, cantante que no se podía oír sin algodones en los oídos y Director que debía empezar por dirigirse á sí mismo.

Era alto, muy alto, con una pechuga fenomenal, piernas relativamente delgadas y sobre aquel monumento de carne, se destacaba una cara redonda con carrillos que parecían hinchados, la cual se balanceaba sobre los hombros, por falta de cuello que la elevase, como una especie de luna llena.

Viendo aquella cara, que recordaba la de esos angelotes de retablo mal cincelado, que se ven en los altares churriguerescos de algunos pueblos, no había más remedio que reirse.

Era la única condición que tenía para el ejercicio del arte cómico, el pedantesco Lázaro Ruiz.

La conversación era muy animada y el ridículo Director, puesto el paño al púlpito, dirigía sus diatribas contra los actores de verso, contra la Escuela de Declamación de la villa y corte y contra los autores cómicos de la época.

Le oían los demás sin contestarle, ni por falta de argumentos, si no porque cuando Lázaro hablaba, no era posible meter baza.

De pronto acercóse al grupo la *Tía Pelliczos*, gitana de la calle del Pulidero, que vivía de la caridad pública y que era en Málaga más popular que el *Manquito aguao* y *Jabones*.

—¿Señoritos, no hay una perra pa esta probe gitana?—exclamó la perdiosera.

Lázaro siguió perorando.

—Por la salti de sus vivos y la gloria de sus muertos ¿no hay una limosna?—replicó la gitana con voz suplicante.

Lázaro al verse de nuevo interrumpido la miró con desprecio y dijo:

—Vete enhoramala y déjame.

La *Tía Pelliczos* se repuso, se terció el mantón negro, hecho girones y gritó:

—¡Vaya con el señor! ¡Vaya con el genio que tié! ¡Ay, hijo mío se conoce que no sirve oté pa Ray!

—¿Por que...?—preguntó Lázaro con voz avinagrada.

Y entonces la gitana, señalando aquel rostro descomunal y procurando alejarse, por lo que pudiera ocurrir, exclamó:

—¡Poiqué esa cara no cabe en ninguna mones!

NARCISO DÍAZ DE ESCOZ

POR UN BESO

Por darte un solo beso vida mía,
en tu boca purpúrea y sonrosada,
no se lo que mi alma enamorada
por conseguir su intento te daría.
Pero tú, por mi mal, eres tan fría
como la hoja brillante de una espada,
cual la blanca cimera plateada

que da á los Alpes majestad bravía.
Ven y junta tus labios á mis labios.
Que dure mi ilusión solo un segundo
y en tus brazos me tengas casi preso.
Verás como se marchan tus agravios,
y al tener conseguido todo eso
¿qué me importa mi bien que se hunda el mundo?

PABLO GARCÍA LLEDÓ

LAS NIÑAS FRÍVOLAS

La familia de D. Pedro Fernández Olivenza de Ampudia era de las más linajudas y aristocráticas de aquella capital de provincia, donde, principalmente se admiraba el lujo, boato, esplendor y elegancia de D.^a Filomena (esposa de D. Pedro) y de sus tres hijas, altas, espirituales y sensibles, como tres concepciones de un cerebro romántico; tres bellas inutilidades que no hacían otra cosa que llenar su cuerpo de gasas, flores y sedas y su alma de cosas superfúas, insustanciales y ridículas.

El grande odio de estas mujeres se cifraba en una parienta de ellas, en cierta D.^a Concepción de González de Prieto Collado, sobrina de D. Pedro, la cual no sólo rivalizaba en elegancia y rumbo con sus primas y su tía, siendo menos rica que ellas, sino que las excedía algunas veces en aquellas pequeñas competencias.

Cuando se encontraban estas mujeres en la iglesia, en el teatro, en alguna recepción suya ó de sus amigos, se escudriñaban con ferocidad implacable; aquello no era mirarse, sino analizarse con las pupilas que tomaban los punzantes fulgores del escalpelo que raja la carne y ahonda y escriba en el cuerpo; y, después, con el botín de su agresiva observación, abotargadas de envidia, se retiraban aquellas elegantes arpias á devorar el pasto de la murmuración que les daba materia sobrada para ocuparse en ella hasta renovarla al encontrarse y acometerse nuevamente.

D.^a Filomena cayó enferma de gravedad, por lo cual Concepción, su sobrina, creyó muy puesto en su punto hacer á la familia una visita de cumplido para ofrecérseles por mera fórmula, á cuyo fin se vistió de seda, rebosante de lujo y elegancia; cobijó su cabeza bajo un gran sombrero enajado de flores, y con esto, el rígido corsé y el abrigo, más que un ser humano dispuesto á los movimientos propios de la vida, parecía maniquí de palo, funda de sus vestidos, percha de carne admirablemente colgada.

Al entrar D.^a Concepción en la sala produjo gran efecto; las personas que allí estaban de visita la miraron con admiración; olvidáronse todos de la enferma, de la cual habían estado hablando, y cuando Concepción creyó llegado el momento *sensible*, exclamó con voz entre fría y compungida: —Quisiera ver á la tía, ¡Pobre Filomena! ¡Como venir y no pasar á visitarla! ¡Eso sería una ingratitud! ¡Vamos... vamos!

Después de este preámbulo entró Concepción en la alcoba, donde se hallaba su tía acostada en un gran lecho con el agobio de su penosa dolencia.

Las dos rivales se miraron frente á frente. A pesar de la gravedad de su estado aun tuvo D.^a Filomena una mundana mirada para los perifollos de su sobrina; después, se puso grave, por primera vez en su vida, pensando en que la muerte la acechaba; y las tres hijas de la enferma, á la puerta de la alcoba, tenían los ojos fijos en el sombrero de su prima.

—¿Que tal, tía?

—Mal hija, mal,—respondió la señora.

—A lo menos estará usted bien asistida con estos tres ángeles,—replicó la joven señalando á las tres muchachas.

La enferma arrugó ligeramente el entrecejo; estuvo á punto de decir: —Aquí hemos criado tres elegantes monigotes que no sirven para nada,—pero, se contuvo, por no dar ese gusto á su sobrina, y se contentó con decir:

—Son demasiado sensibles; no tienen valor para verme padecer. Desde esta mañana les estoy pidiendo una bayeta caliente y no se han atrevido á ponérmela...

—Jesús,—exclamó Concepción,— ¡por tan poca cosa se ve usted contrariada! Ahora verá usted cuán pronto queda complacida.



Diciendo esto se quitó el gran sombrero, se lo entregó á sus primas, mandó á un criado por una vara de bayeta, la calentó ella misma en la cocina y después, con la bayeta arrebujada entró en la alcoba, destapó á la enferma, le aplicó cuidadosamente su alivio y quedó muy orgullosa de haber dado aquella lección de ternura y de valor á sus primas que á la parte de fuera de la alcoba estaban con el sombrero de Concepción en las manos haciendo susurrados comentarios sobre sus flores, sus pájaros y sus gasas.

La enferma comprendió de sobra que su sobrina Concha se proponía humillar una vez más á sus primas, pero esto le importó menos que las ventajas que pudiera sacar de tal situación, y con egoísmo de enfermo, comenzó á adular á su sobrina, diciéndole:

—¡Que talento tienes! Cuán pronto y que bien me has aliviado. ¿Has venido á quedarte?

—Sí... ya he dicho á tío... que si me necesi-
tan...

—Bueno... pues...
quédate...

Al oír estas palabras los sentimientos de Concha fueron opuestos y profundos. De una parte le halagaba mandar en aquella casa, probar que tenía no sólo más elegancia, sino más caridad que sus primas, pero de otra parte le repugnaba prodigar cuidados filiales á una mujer á quien aborrecía con odio de parientes que es el más enconado y el más terrible.

En aquel momento llegó el médico para le vantar una cantárida á la enferma. Las tres hijas quisieron intervenir en la cura, como ayudantes del doctor, desearon de no permitir que su prima lo hiciera; pero cuando vieron la bejiga turgente llena de humor; la tijera cortando la piel y la rojiza carne al descubierto, cada una se fué por su lado jímoteando y llorando, con pujos de desmayos y conatos de síncope, procurando caer sobre las butacas en posturas dramáticas y académicas para no ofender los ojos de los jóvenes que se hallaban de visita en la casa; mientras tanto Concepción sostenía sobre su hombro izquierdo la cabeza de la enferma, prodigándole frases de consuelo, al principio por puro cumplimiento, pero después al ver sus lágrimas, al sentir los estremecimientos de aquel ser que marchaba ya de prisa hacia la muerte, al escuchar que ella le decía suspirando: —Concha de mi alma, cuanto te agradezco todo esto; yo pensaba que eras mujer sin corazón, frívola, vanidosa; perdona mis pensamientos y mis injurias, y si me muero no guardes mala memoria de mí,—al escuchar estas frases en el borde de la muerte y nacidas del alma cuando se despoja de sus miserias, los consuelos y cuidados de Concha para con su tía dejaron el matiz frío de la ceremonia para tomar el calor de la humana vida; y cuando el doctor salió de la alcoba y las dos mujeres quedaron solas en oscuridad casi completa, se mezclaron sus lágrimas y sintieron por primera vez los impulsos del verdadero afecto.

Desde aquel instante ya no hubo entre las dos mujeres secretos ni reservas. La tía con su voz fatigada y agonizante en el desamparo doliente de aquella alcoba donde sus hijas tenían miedo de entrar, contaba á su sobrino los infortunios de su vida. Nadie la había amado; su esposo no sentía más atracciones en su alma que la ambición de la política y las vanidades de la tribuna ante el aplauso público; sus hijas eran tres egoístas que vivían en exposición constante de sus cuerpos flacos, cuyos pellejos y huesos reclamaban mucha seda y gasas para no repugnar á los ojos y merecer alguna atención de las gentes; los amigos de la casa iban á divertirse á su costa y á tomarla como instrumento de murmuración y de regocijo, y solo en su agonía había encontrado un corazón amante en quien jamás pudiera sospecharlo.



De esta suerte cambian y evolucionan los sentimientos en el rodar de la vida, sin necesidad de que transcurra mucho tiempo; y así, D.^a Filomena que aceptó los cuidados de su sobrina por egoísmo y Concha que los prodigó por vanidad y venganza, bajo el fuego candente de un dolor verdadero y humano se fundieron sus almas con sincero y noble amor.

Allí estuvo Concepción, sin dormir ni desnudarse cuatro días, hasta que después de amortajada su tía se despidió de D. Pedro y de sus primas, dos de las cuales acompañaron en el carruaje á Concha hasta su casa y mientras que gemían y suspiraban por la muerte de mamá iban mirando las flores, los pájaros y las gasas del gran sombrero de su prima y haciendo interiores comentarios sobre aquella complicada arquitectura.

RAFAEL TORTOMÉ

EFEMERIDES DEL SIGLO XIX

Siempre ha demostrado Prusia lo que llaman los franceses *esprit de suite*, es decir, el propósito de realizar lo que una vez ha decidido. Después de las horribles derrotas de Jena y Eylau, y de las humillaciones de 1811, cuando se vió obligada á abandonar á Rusia y Austria para que Napoleón no acabara de destruirla, se recogió en sí misma esperando el día de la venganza, no en compañía, como en 1814, sino sola, logrando por fin su objeto en 1870.

También tenía Prusia agravios que vengar de Austria, por los desprecios que la prodigara en 1848, y preparándola hábilmente una emboscada la hizo cómplice del atentado á mano armada, para quitarle á Dinamarca los ducados de Schleswig y Holstein,

(1864) con la mira de hacer servir esto de pretexto para hacerle pagar caros su antiguo proceder en *sa zona oportuna*.

Esta sazón llegó en 1866. Prusia tenía entonces lo que le hacía falta. Declarada la guerra al Austria pusieronse en movimiento tres cuerpos de ejército, á las órdenes del príncipe Federico Carlos (*el Príncipe Rojo*) del Kronprinz Federico y del general Bittenfeld.

Moltke dirigió el avance desde su despacho de Berlín, por telégrafo. Los prusianos se extendieron á lo largo de la frontera de Sajonia y de la

Silesia austríaca, desde Pirman á Landshut. Los austríacos atacaron con furioso ímpetu á sus enemigos desde el 26 al 29 de junio, pero tuvieron que ceder, diezmados por el tremendo fuego de los prusianos. Entonces, procedieron los tres cuerpos á ejecutar las órdenes que les transmitía Moltke.

El día 3 de julio, antes de amanecer, el *Príncipe Rojo* embestía á Sadowa, donde los austríacos resistían heroicamente, hasta que al cabo de cuatro horas de mortífero combate, viéndose imposibilitado de continuar el ataque, se desclaraaba en retirada; pero no debía ser así. En el mismo instante en que el príncipe Rojo se disponía á retroceder, llegaba al campo de batalla el Kronprinz, exactísimo en el cumplimiento de las órdenes que había recibido, y quedaba la victoria por el rey de Prusia.



BATALLA DE SADOWA

NUÑEZ DE ARCE

Ha muerto Núñez de Arce á los sesenta y nueve años de edad. Nació en Valladolid y vivió largo tiempo en Toledo. En esta ciudad obtuvo sus primeros triunfos. Allí estrenó un drama en tres actos, cariñosamente recibido por el público, y conquistó mucha distinción por sus trabajos literarios que le valieron ser hijo adoptivo de Toledo.

Muy joven se trasladó á Madrid, donde comenzó su carrera como político. Redactor de la *Iberia*, pe-
ríódico progresista, sus artículos alcanzaron pronto mucha fama. El año cincuenta y nueve marchó á la guerra de África donde fué testigo de los combates más reñidos, y donde escribió una serie de correspondencias para la *Iberia* que, después del *Diario de Alarcón*, fueron lo mejor que escribió entonces respecto á la campaña. Una vez terminada la guerra, Núñez de Arce volvió á Madrid.

Publicó entonces una colección de folletos, el más notable el que se refería á la cuestión de la isla de Santo Domingo, y en el cual aconsejaba á España que no renunciase á la posesión de la isla.

Se afilió al partido de la Unión Liberal, capitaneado por O'Donnell y como diputado de la Unión se sentó en el Congreso en mil ochocientos sesenta y seis.

Triunfó la Revolución y Núñez de Arce que entonces, vivía accidentalmente en Barcelona, trasladó su residencia á Madrid. En Madrid, Núñez de Arce recibió el encargo de escribir un manifiesto, en el que todos los ministros del Gobierno Provisional, se declaraban partidarios de la monarquía. Después de haber tomado parte en las Cortes Constituyentes, el gran poeta ingresó en el partido Constitucional organizado por Sagasta. A partir de esta fecha, Núñez de Arce, siguió á éste en todos sus cambios políticos.

A ejemplo de Sagasta, se declaró partidario de Alfonso XII y volvió á las Cortes como diputado por Castellón de la Plana.

En la vida política de Núñez de Arce fué este

período el más lucido y fecundo. Entonces fué cuando pronunció los discursos á favor de la libertad de la prensa, y del sufragio y en contra del proyecto de Constitución de mil ochocientos setenta y seis.

Hizo todo lo posible para evitar dentro de su partido la disidencia de los diputados que formaron más tarde el centro parlamentario. Después de desempeñar el cargo de consejero de Estado, Nú-

ñez de Arce formó en las filas del partido fusionista y obtuvo la cartera de ministro de Ultramar. En mil ochocientos ochenta y seis fué nombrado senador vitalicio, y como senador defendió la ley del jurado y la del sufragio universal.

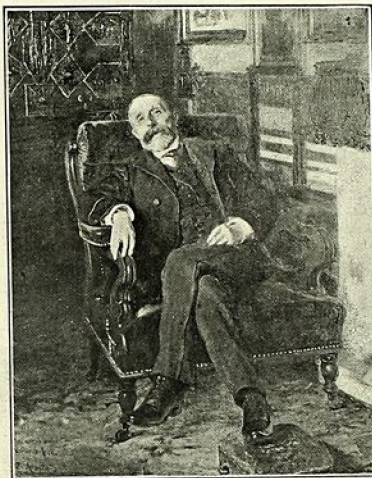
Esta es la vida política de Núñez de Arce; vida que no le ha conquistado ni conquistará, corriendo el tiempo, gloria alguna. El nombre del poeta es el que vivirá siempre, y es el que Núñez de Arce estimó como el más alto timbre de su vida. Desde sus *Gritos del combate* hasta sus últimos poemas, Núñez de Arce trabajó fervientemente por su arte.

Larga es la serie de sus obras. Entre las mejores quedarán

para los tiempos venideros los *Gritos del combate*, *Un Idilio*, *La Pesca*, *La última lamentación de Lord Byron*. Como autor dramático no descoló a gran altura; pero tiene un drama *El Haz de leña* que atesora grandes bellezas y escenas de magistral relieve.

La vida de Núñez de Arce ha sido una serie de desencantos. Los acentos que vibran en los *Gritos del combate*, no son los mismos que caldean las frases de *Sursum Corda*. En estos versos, últimos, el poeta se empeña en creer, en esperar, inútilmente. La fe no resucita.

Núñez de Arce no es traducible. Y ahí su verdadera inferioridad respecto á otros poetas castellanos del siglo diez y nueve: Espronceda y Becquer, por ejemplo. El encanto de Núñez de Arce está en la sonoridad y en la riqueza de sus versos.



† D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE
(Último retrato, por el ilustre pintor Jimenez Aranda)



EN TIEMPO DE LAS FLORES, cuadro de Chóplin

Ayuntamiento de Madrid

reyes, que constantemente tuvieron que bregar con los *Estados*, ó Cortes de Bretaña; jamás esos Estados se doblegarón á la arbitrariedad real; nada valían las horcas ni las más duras persecuciones: los Estados sabían resistir, y precisamente esta resistencia fué uno de los hechos que prepararon la Revolución de 1789, por más que cuando esta atacó la idea católica y monárquica, se convirtieron en sus más formidables enemigos.

Desde entonces, el país ha experimentado grandes transformaciones; la agricultura ha sido, por decirlo así, renovada, se ha extendido mucho la instrucción pública, el campesino, con las vías férreas, sale más de casa que antes, pero esos cambios no han alcanzado hasta lo que constituye el fondo íntimo de las ideas y sentimientos del país; como símbolo de su vigorosa nacionalidad queda la *lengua bretona*, tan cruelmente perseguida por el actual ministerio, que ha prohibido la predicación y la enseñanza en dicho idioma.

Esa lengua es la que importaron desde la Gran Bretaña los bretones expulsados por los Bárbaros y los Anglos Sajones; es el *gallico* ó celta, hablado en el país de Gales, Irlanda y gran parte de Inglaterra y Escocia, si bien bajo diferentes dialectos.

Advirtamos sin embargo, que ese idioma es solo el de los *bretones-bretonantes*, pues los primitivos armoricanos, ó galos, hablaban francés. Los primeros ocupan la baja Bretaña; los otros la parte alta, y existen entre ambos roscas hondas diferencias en el lenguaje sino en las costumbres.

Los *bretones bretonantes* son graves, tranquilos, melancólicos, y como los españoles, de quienes Tácito hace descender á los si-

lusos de la isla Bretaña (es decir de Inglaterra y Escocia) conservan siempre cierto empaque; su porte es serio y aun su misma danza tiene algo de contenido. Poseídos de profundo respeto á las costumbres paternas repugnan toda innovación y siguen el sendero trazado por sus mayores. En ellos todos los sentimientos son sinceros, todos los afectos son profundos, y en más de una ocasión han probado que sabían combatir por un recuerdo y morir por una esperanza.

Agreguemos á esto la influencia de su clero, profundamente nacional; su adhesión á sus señores, á quienes consideraban como herederos de los antiguos jefes de las *clans* de la isla de Bretaña; su amor apasionado hacia el suelo natal, su tendencia á lo maravilloso, á la superstición, á la rutina; su indomable tenacidad para defender su fe, su país y sus tradiciones, y se tendrá idea de lo que constituye la característica del verdadero *breton*, del *breton de Bretaña*, que no hay que confundir con el antiguo armoricano, *galo romano*.

De igual manera que los gallegos, sienten los bretones la nostalgia, y así como á aquellos se les procuraba distraer con la *muñeira*, á los bretones parecía sacarles de su profunda tristeza la música del *binidú*, su danza nacional. Y sin embargo, ni antes ni ahora puede asegurarse que sea la Bretaña ningún Eden, pues los departamentos que la forman son de lo más pobre y el suelo es tan ingrato como salvaje.

M. MAULEÓN



CAMPESINA



CAMPESINO BRETON



LA PALOMA BLANCA

Después de muchos años de ausencia volví á la ciudad, cuyo nombre callo, obligado por las circunstancias. Cuando entré en la fonda se me recibió con verdaderas muestras de alegría, como se recibe al hermano cariñoso ó al amigo querido.

Aquella casa en nada había cambiado.

Solo eché de menos á unos cuantos huéspedes de mi tiempo, con quienes viví en familia durante muy cerca de dos años. Ellos, como yo, habían levantado el vuelo cuando la fortuna lo quiso, y salieron de aquella fonda y abandonaron aquel pueblo, tal vez para siempre.

De la suerte de aquellos seres sólo me importaba relativamente la de D. Antonio R., hombre venerable bajo todos los conceptos, cariñoso y atento, bondadoso hasta la exageración, y cuya amistad apreciaba yo como ninguna otra, por desinteresada y franca, perdurable y firme.

La suerte de D. Antonio me interesaba sobremanera, y más principalmente, por cuanto la historia de aquel hombre acudí á mi memoria con toda la terrible sencillez con que me fué relatada. Había sido rico y feliz con su esposa; y andando el tiempo, un revés de la fortuna le dejó casi en la calle y trastornó el cerebro de la compañera de su vida.

Las riquezas, los bienes fueron á parar á manos de una hermanastra sin conciencia. La amante esposa ingresó en un manicomio, mientras él quedó sin casa ni hogar, viviendo á expensas de una menguada renta que apenas bastaba para satisfacer la pensión de aquella desventurada.

Por eso, cuando volví al pueblo y me instalé en la fonda, pregunté por mi antiguo amigo y me dijeron que se resolvió á alquilar una casita modesta y apartada, obligado sin duda por no poder resistir tan costoso pupillage.

Supe también que la pobre loca había pasado á mejor vida, lo cual era un bien para D. Antonio porque le libraba de tan pesada carga. El dinero de la pensión pagada á costa de mil privaciones, venía á mejorar la triste situación de aquel hombre, si bien había perdido para siempre al único ser á quien amaba en el mundo. Aprovechando un momento que mis ocupaciones me dejaron libre, me lancé por un verdadero laberinto de calles y callejuelas, en busca del nuevo y retirado albergue de mi desdichado amigo.

La verdad es que se necesitaba vocación para hacer una visita á los arrabales de la ciudad sin conocerlos, y en una noche como aquella en que el fango de las calles sin adoquinar entorpecía y dificultaba el paso, y la menuda lluvia caía con persistencia abrumadora, soplabla frío el viento y la oscuridad lo envolvía todo con su siniestro manto.

Hallé al fin la casa cuyas señas me dió el fondista; empujé el postigo, á la sazón entornado, y al estridente chirrido que produjeron los emmohecidos goznes, respondió el batir de las alas de una blanca paloma que vi cruzar por la desierta y vasta entrada.

Allá dentro se oyó una voz triste y débil, pero reposada y serena que dijo:

—¿Quien vá?

—¿Da usted su permiso?—respondí yo procurando dominar la emoción que sentía en aquellos momentos.

—Adelante quien sea.

Penetré en la casa, y entornando la puerta, crucé aquella entrada larga y casi desprovista de muebles, hasta llegar frente á otra habitación más reducida y confortable, en cuyo fondo veíase una chimenea campesina donde ardían lentamente algunos gruesos troncos de tostada leña.



—Buenas noches, D. Antonio,—exclamé yo esforzándome por aparecer tranquilo.
 —Tanto bueno por mi casa!—medio gritó alegremente D. Antonio, al reconocermle, mientras hacía visibles esfuerzos por levantarse del viejo sillón de vaqueta.
 —No se mueva usted,—dije yo precipitándome hacia él y abrazándole emocionado.
 —Gracias, amigo mío; gracias,—murmuró sonriendo dulcemente;—porque la verdad es que me cuesta gran trabajo moverme.
 —¿Está usted enfermo?
 —Paralítico, nada más;—exclamó con triste acento, —porque estas malditas piernas se niegan a sostenerme. Pero no crea usted que me aflijo por ello. Bienaventurados los que sufren...
 —Quizá tenga usted razón...
 —La tengo; no lo dude usted. Las penas de este mundo ya no me asustan, ni me entristecen, pues las considero como un bien, como una gracia especial que Dios me envía para purificar mi alma y hacerla digna de volar a otro mundo que usted desconoce, pero que yo he visto y admirado en sueños.
 Confieso que no supe que objetar a tan extrañas palabras. Mi asombro y mi sorpresa debió reflejarse en mi rostro pues D. Antonio, mirándome fijamente y con acento convencido, continuó animándose a medida que hablaba:



—Sí, señor, si: un mundo que yo he visto en mis sueños, radiante de luz, lleno de vida, cuyos moradores no piensan y sienten y se mueven a impulsos del egoísmo, de la envidia, de los celos, de las pasiones bastardas que aquí lo dominan todo y lo invaden todo, impulsándolo a los unos contra los otros sin más norte, ni más guía, ni más afán que nuestra conveniencia, nuestro interés y la satisfacción de nuestros deseos y de nuestros apetitos.

—Usted no ha visto ese mundo; —añadió cambiando de tono y mirándome con ojos compasivos;— porque usted permanece aun en las tinieblas como los demás mortales. La luz se hace sólo para los elegidos...

Calló D. Antonio; echó atrás el cuerpo, y sus ojos tranquilos, fijáronse en aquella palomita blanca que dormitaba allá en un rincón sobre el respaldo de una silla; junto al hogar encendido.

No me atreví a turbar aquel silencio y quedéme contemplando la venerable figura de mi amigo, cuyas luengas y blancas barbas dábanle patriarcal aspecto; extendidas las cruzadas piernas buscando el calor de la lumbre, y en medio de trastos y libros viejos, llenos de polvo, amontonados aquí y allí, en estantes, en sillas y en mesas, sin orden ni concierto, como sangrienta burla a los cuidados y afanes que para reunirlos y conservarlos tuvo aquel hombre.

Preguntábame yo si me hallaría en presencia de un loco; si aquel hombre no habría seguido la suerte de su desventurada esposa, cuando oí de nuevo la voz de D. Antonio que decía con triste acento:

—Y usted; ¿qué tal por aquí?

—He venido a solventar mis asuntos.

—¿Del todo?

—Así lo espero.

—¿Es decir, que es esta la última vez que nos vemos... aquí en la tierra?

—¿Quién sabe!

—Dice usted bien; ¡quien sabe...!

Y cogiendo la grisienta bolsa de tripa donde guardaba el rizado tabaco, comenzó a cargar con temblorosa mano la pipa de cerezo que casi nunca se apartaba de la boca, mientras de nuevo fijaba sus ojos tristes y melancólicos en aquella palomita blanca, acariciándola con la mirada como si fuera un ser querido, la tierna imagen de la mujer amada.

El espíritu de aquel hombre pareció realizar un gran esfuerzo para volver a la realidad de la vida:

tornó hacia mí sus ojos, acabó de cargar la pipa y prendió fuego al tabaco; llevósela á los labios, y después de aspirar con verdadero deleite, exclamó con voz grave contemplando el negro humo que se remontaba lentamente en anchas espirales:

—Pues, si no nos vemos más, crea usted que no me olvidaré de esta visita, que representa una gran prueba de cariño para este viejo aislado en la tierra, abandonado de todos y recluso en este pobre albergue donde espera la hora dichosa de la transformación de su mísero cuerpo.

Otra vez me asaltó la duda de que aquel cerebro estaba perturbado: pero desechela al punto, y levantándome de pronto tendíle mi mano en señal de despedida.

—¿Se marcha usted ya?—me preguntó con extrañeza.

—No quisiera; pero mis ocupaciones...

—Vaya usted; vaya usted, y acuérdesese un poco de este pobre viejo.

—Ya sabe usted que no le olvido nunca.

—Gracias, gracias...

—Antes de marcharme tengo que cumplir un deber tristísimo...

—¿Usted?

—Pero no quisiera afligirle...

—Hable usted sin miedo.

—Me refiero á su esposa...

—¡Ah!... ¿Habra usted de mi Blanca?

—He sabido que murió, y crea usted que he tomado una gran parte en su sentimiento...

—Se equivoca usted, joven.

—¿Cómo!

—Mi esposa no ha muerto. Está aquí en mi casa, en mi compañía, á mi lado, por que ahora es paloma.

Y antes que yo pudiera volver de mi asombro, dirigiendo á la dormida paloma aquella mirada dulce y amorosa, gritó:

—¡Blanca!

Despertó la paloma; extendió las alas, y se lanzó sobre D. Antonio posándose en su hombro y arrullándole con verdadero transporte, con afán creciente, como enamorada hembra que busca caricias y solicita besos.

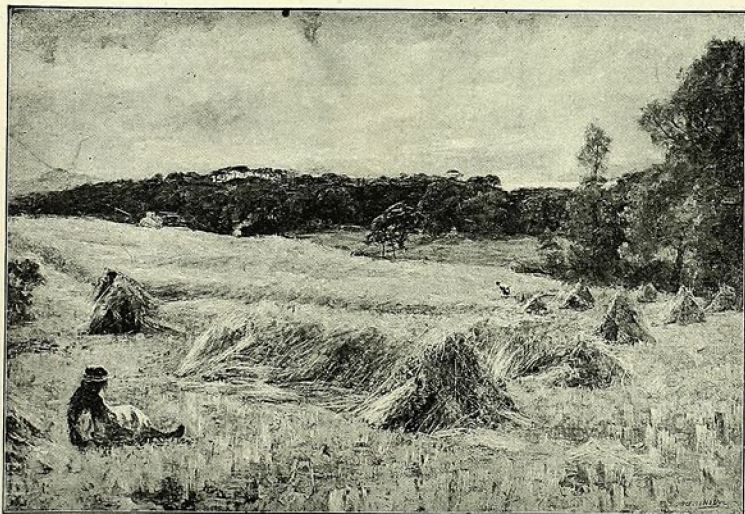
—¡Ya lo ve usted!—murmuró D. Antonio fijando en mí sus ojos abiertos y brillantes, con mirar de loco.

—Vaya... pues que sea enhorabuena,—respondí yo, confundido y admirado.

Y sin pararme á estrechar su mano me alejé de aquella casa apresuradamente, riendo y llorando al propio tiempo.

¡Ya no dudaba!

PEDRO BONET ALCANTARILLA



LAS GAVILLAS, cuadro de Anderson Hagne

ITALIA



INFANTERÍA DE LÍNEA: SOLDADO EN TRAJE DE CAMPAÑA